

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

EL EJEMPLO DE MILLER

OTROS ASALTOS A LA RAZON

Al parecer, ya amaina la racha Lukács. Hasta hace un año, o poco menos, no había intelectual medianamente «progresista» que, en estas latitudes, no citase cada dos por tres al distinguido pensador húngaro, y a menudo sin venir a cuento siquiera. En cambio, ahora, incluso se advierte la preocupación de evitar su mismo nombre. Quizá sea una pura cuestión de modas. O quizás ocurre que, de pronto, alguien ha descubierto que el pobre Georg Lukács es demasiado «dogmático», o sospechoso de «revisionismo», o quién sabe qué. Yo, la verdad, no acabo de entender el asunto. Y tal vez tampoco valga la pena de perder el tiempo en ello. Pero ha sido una lástima que, mientras duró la euforia lukácsiana entre nosotros, un libro tan memorable como «La Destrucción de la Razón» casi haya pasado inadvertido. En general, se prestó más atención al Lukács crítico literario o historiador de la literatura.

Reconozco, desde luego, que la obra mencionada no se caracteriza por una especial amenidad, y que su temática predominantemente germana cae, en gran parte, fuera de la curiosidad media del país. De todos modos, el mamotreto merece el esfuerzo que exige. Por lo menos, ayuda a plantear con las debidas vigilancias el problema de los «irracionalismos» filosóficos y políticos, y aunque uno pueda no estar de acuerdo con las premisas doctrinales de Lukács, su lección resulta muy provechosa. Porque los «asaltos» a la Razón continúan estando a la orden del día.

No se me oculta que, como referencia básica, el término «Razón» es tremendamente ambiguo y controvertible, y de ahí que haya tela cortada para rato, si el debate se mantiene abierto. Sin embargo, también es cierto que los «irracionalismos» son bastante fáciles de detectar. Los vemos crecer y multiplicarse a nuestro al-

rededor: en versiones aproximativamente indígenas y en importaciones de la más variada procedencia. Lo cual, por supuesto, no ha de sorprender a nadie. Lukács ya explicó cómo y por qué la circunstancia occidental que vivimos es tierra abonada para tales plantas. Me abstendré de meterme en el lío de discutir, aquí, las anécdotas más próximas y recientes: un par de vagas polémicas, hilvanadas entre Madrid y Barcelona, tocan de refilón la materia. No tomo vela en estos entierros. Pero creo que sería oportunísimo que, de vez en cuando, aireásemos el principio de «alarma» ante la presión irracionalista, y en particular, de cara a las modalidades en que ésta se presenta con envoltorios «liberadores». Bien: no sólo «de vez en cuando». Nuestra obligación sería hacerlo cada día. Al fin y al cabo, la trampa nos espera a la vuelta de la esquina, y con cebos encantadores. El peligro, en efecto, no son los irracionalismos arcaicos y archiconocidos. La amenaza viene con adornos sugestivos, y la palabra «libertad», con todos sus sinónimos, no es el oropel menos usado...

Por ejemplo: Henry Miller. Le traigo a colación por el azar de una última lectura. Ya saben ustedes de qué va: Miller es un escritor «ultraprohibido», víctima de las más encontradas censuras, y famoso por la abrupta exaltación erótica de sus papeles. En un momento en que la llamada «revolución sexual» constituye una esperanza colectiva evidente, los «Trópicos» y la «Crucifixión rosada» alcanzan la cotización de verdaderas batallas en favor de la «libertad». Las viejas hipocresías, los tabús enconados, la «pruderie» formalizada, reciben un rudo golpe en la prosa exultante y desvergonzada de Henry Miller. Aunque sólo fuera por eso —y hay algo más, pues Miller es, ciertamente, un buen escritor—, ya se explicaría el

prestigio de que gozan sus libros. Los vetos de las Administraciones de un lado y otro del Atlántico han contribuido a añadirles más aliciente. No ha de extrañarnos que los «Plexus», el «Nexus», el «Sexus» y todo lo demás, sean buscados con apreciable codicia en los encantos y en las trastiendas, ni que corra la voz de que su autor figura en el santoral de las «liberaciones». No seré yo quien regatee a Miller los méritos del revulsivo heroico y de la limpieza de miras. Pero... El «pero» quizá suene a paradoja. Espero que, si escandaliza a alguien, será a los incondicionales —que los tiene— de Miller. Y es: que, pese a la fachada pornográfica de sus narraciones, Henry Miller es uno de los tipos más «religiosos» de toda la literatura contemporánea.

No digo «cristiano», naturalmente. Más bien «anticristiano». Pero tampoco pretendo ir más allá, ahora, en la puntualización. Me gustaría disponer de espacio y de otras holguras para detenerme en comparaciones: en paralelismos y afinidades. A mí, en realidad, el obsceno Henry Miller me recuerda al casto Miguel de Unamuno: no a Aristóteles ni al Aretino, ni mucho menos al divino marqués de Sade. El contraste entre Sade y Miller no sería un punto de «aberración». —Sade era un caso clínico, sin duda—, sino una diferencia «intelectual». Simplificándolo al extremo: Sade desciende de Voltaire y Miller proviene de Rousseau. Para las expectativas de la «revolución sexual» en trámite, Miller sólo sería realmente útil si hubiese sido capaz de escribir «La Philosophie dans le boudoir» del siglo XX. El insigne pornógrafo norteamericano no llega a tanto. Se limita a contarnos sus proezas de garajón más o menos fecundo, y a aderezarlas con insidiosas invocaciones pánicas. Las percalinas espiritua-

lidades que Henry Miller tremola a lo largo de sus redacciones han de escamar al vecino menos suspicaz. Y, en estas cosas, hay que ser suspicaz...

Mucho me temo que el «ejemplo» de Miller sea más importante de lo que a primera vista podamos suponer. El irracionalismo que en sus páginas nos impresiona, larvado o explícito, reaparece en mil repeticiones banales: en artículos de periódico, en canciones de consumo multitudinario, en el comportamiento de los chicos melenudos, en la abundancia de amuletos «pop», en la poesía lírica, en los subfilosofos de cenáculo... Toda esta pululación literario-musical se centra en un elemental y comprensible prurito fornicatorio. Las familias tiemblan y los legisladores se inquietan. Pero las familias y los legisladores se exceden en el susto: no hay para tanto. Los Miller y los jovencitos de hipogastrio impaciente no son su «enemigo». Quizá todo lo contrario. Un poco de «rienda suelta» no hace daño a nadie, y siempre vuelven las aguas a su cauce. La presunta erotomanía de nuestros días, mientras quede sometida a las inducciones vaporosas estilo Miller —o Bataille y demás metafísicos de las gónadas—, no pasará de ser un reajuste doméstico, un ligero «cambio de costumbres». Una poderosa industria —toda la industria, en definitiva— prospera al arrimo de tales variaciones. Y esto ya es una seria garantía de estabilidad. El confusionalismo de la palabrería que media en el juego pone piel de gallina al más pintado. ¿«Revolución», «contestación», «libertad»? No es por ahí... No sé qué diría Lukács acerca del particular (ni me importa demasiado). Pero el panorama no deja de ser angustioso...

Joan FUSTER

NO SE HA DESCUBIERTO NADA

EL MOTOR DE HIDROGENO

AHORA resulta que el célebre «motor de agua» es un motor de hidrógeno. No es que no lo supiésemos por las declaraciones previas de su «inventor», pues ya así lo indicaba en mi artículo aparecido en estas columnas el 18 de septiembre. Lo que no esperábamos eran las «pruebas» realizadas hace tres días por el señor Estévez Varela ante los informadores sevillanos, pruebas que nos han dejado pasmados, pues no son más que un caso de obstinación que parece mentira pueda merecer todavía la atención de alguien. Como, por desgracia, así es y me parece entrever en las últimas declaraciones del señor Estévez una velada alusión a mi citado artículo, me creo obligado a someterlas a una crítica que, a pesar de mis buenos deseos, no encuentro manera de que pueda ser más benévola.

Esta «prueba previa», según la agencia Cifra, ha consistido «en llenar un generador de hidrógeno con agua corriente, de la que el inventor bebió antes, agregando, un producto químico que hace el agua más conductora, y conectando después el generador a una batería de doce voltios, con lo que empezó a producirse hidrógeno y oxígeno». O sea que, por ahora, lo que el señor Estévez ha descubierto es la electrólisis del agua. No creo que para andar este camino hiciesen falta las alforjas de la espectacular degustación, ni guardar celosamente secreto el producto químico (sirve así cualquier sal, ácido o base) ni tampoco, si mucho me apuran, los doce voltios, ya que me parece podían ahorrarse algunos. Pero el señor Estévez se ha empeñado, consciente tal vez de lo endeble de nuestro bachillerato, en recordarnos experiencias que fueron descubrimientos del siglo pasado y son la base hoy de todas las industrias electrolíticas.

Seamos, con todo, indulgentes en este empeño pedagógico y sigamos con lo bueno, que son las declaraciones del señor Estévez después del experimento. «He pretendido demostrar con esta prueba —ha dicho, según Cifra— que el hidrógeno es un gas explosivo y que para producir la explosión no es preciso gastar, como algunos técnicos han dicho, la misma cantidad de energía que se requiere para producirla. He llenado un pequeño globo con ocho o diez centímetros cúbicos de hidrógeno; agregué un poco de aire atmosférico con una bomba de inflar neumáticos; he puesto en el cuello del globo una bujía; produce la ignición en esta bujía y el globo ha hecho explosión. Con ello demostré, contra la opinión de algunos, que el hidrógeno es el mejor combustible de energía que existe.»

No nos ensañemos tampoco con la peregrina sintaxis del párrafo, que lo hace a veces casi ininteligible, pues puede no ser culpa del señor Estévez, sino de los que han interpretado sus palabras. Busquemos, más bien, lo que con ellas se ha querido decir y que a mí me parece obvio. Ya tenemos otro descubrimiento; que el hidrógeno es un gas explosivo, lo que, en rigor, no es verdad, pues lo que es explosiva es la mezcla de hidrógeno y oxígeno. ¡Lástima también que el descubrimiento sea tan viejo como el de la electrólisis del agua! Pero contentémonos con que se trate de un hecho real. Con lo que ya no podemos estar conformes es con que «algunos técnicos» hayan dicho que la energía necesaria para producir la explosión sea la misma que la que ésta produce (esto parece que es lo que se quiere indicar en el párrafo). Pero esto no lo he dicho yo ni lo ha dicho ningún técnico, por lo menos que merezca tal nombre. La energía eléctrica de ignición, en este caso como en todos los de los motores de explosión, es íntima, como sabe cualquiera que haya manejado un automóvil. Lo que yo dije en mi citado artículo, y no sé si otros técnicos también, pero estoy seguro que ninguno lo negará, es que la energía que se produce en la explosión no puede ser mayor «que la que ha sido necesaria para obtener este hidrógeno partiendo del agua». Y aún hay que tener en cuenta que en la explosión se produce energía mecánica y térmica y tan sólo la primera se aprovecha en los motores de explosión. Y este es el punto clave de la cuestión: el que el señor Estévez parece que quiera escamotearnos la energía previamente gastada en la electrólisis del agua para obtener el hidrógeno. No hay que decir que su pretensión de haber demostrado con la experiencia citada que el hidrógeno es el mejor combustible de energía que existe es completamente ilusoria, lo que no implica que su aseve-

ración respecto a las excelencias del hidrógeno como combustible no sea cierta; lo único que pasa es que no se demuestra así. Mejor nos lo ponen en claro los cohetes y cápsulas espaciales que utilizan el citado gas, que ojalá fuera rentable en los motores de automóviles, pues dando como producto de la combustión inocua agua no harían insalubre nuestra atmósfera. Lo malo es el precio, que si en astronáutica puede tolerarse es porque allí cuenta menos que el peso.

De manera que si lo que el señor Estévez ha inventado es que un motor de explosión puede funcionar quemando hidrógeno, le diremos que otra vez ha inventado una cosa obvia. Es claro que si en su coche, en lugar de gasolina, pone un obús de hidrógeno, con un sencillo arreglo de la entrada de aire y la ignición, el coche le funcionará; incluso, puede ser que mejor. Como si pone butano, gas pobre o incluso un vulgar gasógeno, o un gas combustible cualquiera. Todos los taxistas lo saben. Lo que parece una idea peregrina y es seguramente antieconómica, aunque no irrealizable, es poner en el mismo coche el generador de hidrógeno. ¿Para qué pasear el necesariamente pesado artefacto por nuestras carreteras de Dios? Déjelo en casa quietecito, con lo que seguramente le funcionará mejor y límitese a llevar el hidrógeno en el coche.

De manera que si lo que pretende electuar en su prueba definitiva de La Serena es un ensayo de esta clase, por mí puede ahorrárselo. Le concedo ya de antemano que el coche andará, aunque con ello no se haya descubierto nada. El que resulte un coche económico es ya otra cuestión, pues es evidente, por las consideraciones anteriores, que no lo será. De todas maneras, si nuestro inventor nos hubiera hablado desde un principio de un «motor de hidrógeno», quizá no hubiera armado tanto revuelo, pero tampoco se hubiera hecho merecedor de tantas repulsas sensatas, porque del agua no puede hablarse como combustible, ya que es precisamente todo lo contrario: un producto de la combustión.

Miguel MASRIERA

PEDRO ROVIRA

en su Boutique, le ofrece sus creaciones

PRET - A - PORTER

OTOÑO E INVIERNO 1970

Rambla del Prat, n.º 7. Teléfono 227-19-32

¿NO VE VD. BIEN?
Compre sus gafas en
ÓPTICA CLAMUNT
PINO. 6

PAPELES PINTADOS
«CRESTA» SUPERLAVABLES
ALMACENISTAS-IMPORTADORES

Verdaderas maravillas en papeles pintados

PRECIOS: Desde 60 Ptas. rollo de 10 metros, a 800 Ptas. rollo misma medida.
VENTAS: CENTRAL, ENAMORADOS, 38. SUCURSALES: GALILEO, 278. GENERAL SANJURJO, 38. AV. MASNOU, 66 (Hospitalet). ALLOZA, 10. Teléfonos 225-18-04 y 245-95-50

NUESTROS PRODUCTOS SON SIEMPRE DE LA MÁXIMA CALIDAD
VISITENOS Y COMPRAR MEJOR

ZAMBON, S. A.

LABORATORIO FARMACEUTICO

Se complace en anunciar a los señores médicos, farmacéuticos y clientes, el traslado de sus instalaciones (dirección, producción, etc.) a la nueva factoría en San Vicente dels Horts, BARCELONA. Tel. 249-00-17, desde donde muy gustosamente les seguirán atendiendo

¿Se imagina ganando
20.000 ptas. al mes?

Hay cientos de personas que no tienen que imaginarlo porque las ganan. ¡Sea Usted una de ellas!

Nuestros cursos acelerados de Técnico en televisión o en mecánica del automóvil, le pondrán -en sólo dos meses- en condiciones de ganar estas 20.000 ptas. que ahora le parecen inalcanzables. Sea práctico y empiece por informarse en:

INEAC Instituto de Enseñanza Acelerada
Aribau, 282-284, 1.º - 2.ª - Barcelona (6) - Teléfonos: 228 89 00 y 09

Nombre _____
Domicilio _____
Deseo información sobre el curso así indicado

CURSOS	Televisión	<input type="checkbox"/>	CURSOS	Televisión	<input type="checkbox"/>
CON	Mecánica	<input type="checkbox"/>	CON	Mecánica	<input type="checkbox"/>
ASISTENCIA	Francés-Inglés	<input type="checkbox"/>	ASISTENCIA	Francés-Inglés	<input type="checkbox"/>
PERSONAL	Soldadura	<input type="checkbox"/>	PERSONAL	Soldadura	<input type="checkbox"/>
		<input type="checkbox"/>			<input type="checkbox"/>